

UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Ya hemos visto que Dios nos ha creado para la Vida. No cualquier vida, -la vida de las bacterias o de los pájaros, o de las vacas, o de los perritos, o de los dinosaurios...- sino para la vida humana. ¡La vida del hombre! El 'homo sapiens' que, mediante su cerebro privilegiado, es capaz de pensar, de razonar, de investigar cómo funciona la naturaleza -los átomos, la electricidad, los planetas y los astros, el pasado- y, con esa ciencia, dominar las fuerzas naturales e inventar máquinas, computadoras y naves espaciales. Pero, lo más importante es que, con ese cerebro, es capaz de amar inteligentemente a los demás -no sólo llevado por sus impulsos, deseos, ganas o instintos-, tener auténticas amistades, formar una familia y, finalmente, conocer la existencia de un Dios creador de todas las cosas, omnipotente, sabio y bueno.



'Extremaunción'. NICOLÁS POUSSIN (1594 - 1665)

Pero, si miramos a nuestro alrededor, observamos que esa vida humana, a la manera de la vida de los seres inferiores, aunque nace y crece y llega a la madurez, también se enferma, envejece y, un día, ¡el hombre deja de vivir! Muy pocos llegan más allá de los cien años.

Pero -ya lo hemos visto- en realidad, Dios ha creado al hombre, no para que detenga sus aspiraciones y ambiciones en esta vida, sino para darle la posibilidad de alcanzar la misma Vida de Dios. La Vida de Dios es lo que llamamos la Vida eterna, la de la perpetua Juventud divina, la Fuente de toda vida, la Vida que nadie puede enfermar, ni envejecer, ni matar, la Vida que es la suma multiplicada al infinito de todas las felicidades, bellezas, amistades y cosas lindas que pueda poseer esta corta vida en este mundo. Ya lo sabemos, la semilla de esa Vida es la Gracia Santificante que se nos da en el Bautismo y se desarrolla en Fe, en Esperanza y en Caridad ayudada por los Sacramentos.

El hecho de que esa Vida sea la finalidad para la cual Dios nos ha puesto en este



mundo, exige, necesariamente, que esta vida de hombres que llevamos aquí en la tierra, tenga que quedar atrás. Casi todas las cosas importantes en nuestra vida las obtenemos dejando atrás otras menos importantes. Cuando nacimos debimos dejar el abrigo cálido de la barriga de mamá; cuando fuimos al jardín de infantes debimos dejar nuestra casa; cuando entramos en el colegio dejamos el jardín; cuando

entremos en la Facultad tendremos que dejar a nuestros compañeros del colegio; cuando nos casemos, habremos de dejar nuestra casa de la infancia; cuando... Y si queremos estudiar y recibimos no podemos estar jugando todo el día o viendo televisión o prendidos a la computadora. Siempre hay que dejar algo para obtener un objetivo superior. Así, todo avance en la vida aparece como un dejar atrás muchas cosas. El que no quiere dejar nada no puede crecer.

La cuestión es que, para alcanzar la **Vida definitiva** no hay más remedio que dejar atrás esta vida pasajera. Pero ¡cómo nos gusta esta vida! Y está bien que nos guste. Porque Dios la ha creado llena de riquezas y alegrías; y objetos y acciones lindos y divertidos; y con cosas que descubrir e investigar y progresar. Ha hecho esta vida y este mundo así de lindos para demostrarnos cómo Él tiene poder y capacidad para regalarnos felicidad. Como esas papitas, maníes y galletitas que, a veces, antes de la comida principal, se sirve a los invitados para despertar su sed y su apetito: aperitivo lo llaman. O como la muestra gratis: la botellita de perfume o de champú o la golosina que te regalan a veces los promotores o promotoras del producto para que te entusiasmes y, después, vayas a comprarlo. Algo así es esta vida, como un aperitivo, una muestra gratis, un anticipo de lo que Dios quiere darte en el Cielo.

Pero, claro, esta vida y las cosas de este mundo están tan bien hechas, son tan atractivas que corremos el peligro de pensar o decir: con esto me con-



ENFERMEDAD

Recuerda que esta palabra viene del latín 'in-firmitas' falta de firmeza. Sabés que 'in' es una preposición que, entre otras cosas, a veces significa 'no'. Como en 'in-maduro', 'in-capaz', 'in-feliz', 'in-adaptado'...

El 'in-firmo', o el 'en-fermo' es quien ha perdido la solidez, la firmeza de la salud.



Aperitivo de cielo

formo, no quiero nada más, la muestra gratis, el aperitivo me son suficientes, ¿para qué la comida principal?

Por eso Dios, aunque hace al mundo y al hombre maravillosamente, tampoco quiere hacerlos de tal manera perfectos y acabados que te conformes con ellos, que estés tan contento con esta vida que no te des cuenta de que estás hecho para muchísimo más. ¡Qué mal anfitrión, qué mala ama de casa sería quien llenara

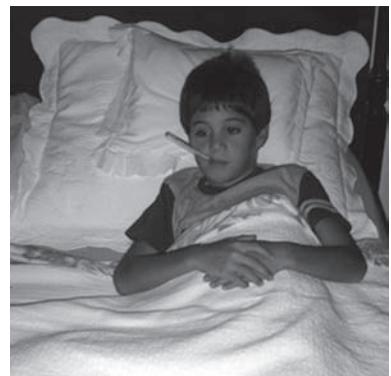
el estómago de sus invitados con papas fritas y caramelos de tal manera que éstos, luego, no tuvieran ganas de comer la exquisita y nutritiva comida principal!



Por eso y para que sepas que la creación no está terminada y que el fin de nuestra existencia en el mundo está más allá de lo que aquí podemos conseguir, Dios, no nos pone en un mundo perfecto, sino, como hemos visto, con muchas limitaciones, y aún permitiendo muchos males. Esas limitaciones y males ayudan al hombre a darse cuenta de que la plena felicidad no se halla aquí.

De este modo pueden interesarse con mucha más fuerza en la Felicidad perfecta que Dios nos promete y que tenemos que alcanzar dejando atrás el aperitivo, la muestra gratis, el jardín de infantes de esta vida, por medio de la aceptación final de nuestra muerte. Aceptación, en realidad, no del “¡se acabó todo!”, sino aceptación del regalo último de Dios: **la Vida Verdadera**.

Pero así como el primer día de clase cuando éramos chiquitos nos agarrábamos a mamá y no queríamos que nos dejara solos en la escuela; así los hombres solemos agarrarnos a esta vida y tampoco queremos dejarla. La enfermedad, dentro de los males que pueden hacernos menos felices en esta vida, es muy importante, porque, de alguna manera, es una especie de luz amarilla, a veces roja, que nos anuncia que no tenemos para siempre firme, sólida, la vida en este mundo. Es, pues, como una pequeña señal de alarma que nos advierte que no siempre vamos a estar sanos, que alguna vez perdemos la ‘salud’ definitivamente y que es tonto, entonces, poner nuestra esperanza de plena felicidad en esta vida.





Sacerdote asistiendo a un herido en el campo de batalla.

Mediante la enfermedad, Dios, cariñosamente, nos ayuda a estar siempre alertas y a mirar de vez en cuando el verdadero objetivo por el cual Dios nos crea y nos ha colocado en este mundo.

Claro que hay enfermedades y enfermedades. Incluso están esas enfermedades leves que nos gustan: una gripe, un poquito de fiebre y entonces mamá nos dice ¡que no tenemos que ir al colegio! Y nos trae el te y la comida a la cama, y, a lo mejor, papá nos compra un regalito, y leemos lindos cuentos o ¡hacemos fiaca! Pero, cuando nos duele la cabeza, el oído, cuando no tenemos ganas de nada, cuando tenemos diarrea, náuseas, dolor de barriga... ¡qué feo!

Y ya sabemos que hay enfermedades graves o accidentes y que algunas veces en ellas hay peligro de muerte. Casi como antes de una batalla, de una lucha... (¿Sabías que lucha, pelea, en griego se dice 'agonía'?)

Por otra parte, la enfermedad es también una especie de representación o símbolo del pecado. Ya hemos dicho que la peor de las enfermedades es pecar o permanecer en estado de pecado, ya que el pecado nos aparta de la verdadera vida, que es la Vida de la Gracia. Por eso decíamos que el pecado grave, grave, grave, hecho a propósito, se llama pecado '**mortal**'. Y los pecados leves, los '**veniales**', son como acciones y estados que nos van debilitando, 'in-firmando', enfermándonos esa Vida de la Gracia, la Vida sobrenatural, la Vida de hijos de Dios. Digamos que éstas sí son terribles formas de enfermedad y muerte: debilitar o perder la Vida cristiana. Frente a la enfermedad del pecado, las enfermedades de nuestra biología son poca cosa.

Pues bien, en toda enfermedad grave hay dos tipos de lucha: una, contra la enfermedad, en la cual peleamos con la ayuda del médico y los remedios, para recobrar la salud. Otra, contra los miedos del enfermo que piensa que una enfermedad muy grave, muy grave, le quiere arrebatar la vida y no quiere que se la arrebaten. A veces se enoja con Dios, se desespera, por nada del mundo quiere dejar la vida, abandonarse a las manos de su Creador, ofrecerse como se ofreció Cristo en la Cruz al Padre y a los demás. No le interesa la verdadera salud, la verdadera Vida.

Así es que Jesús nos ha dejado, para esas ocasiones difíciles, otro sacramento, otra fuente de gracias especiales, de fuerza, de salud: el sacramento de la **Unción de los Enfermos**. Mediante él, Dios devuelve al enfermo grave la firmeza necesaria para luchar contra la enfermedad, contra sus miedos, contra su no querer aceptar agradecido el amor de Dios que está junto a nosotros en toda enfermedad.

Firmeza, pues, contra el pecado. Y, también, -sí es útil para ha-



cernos más santos y mejores nos ayuda a recuperar la salud- aquí, para seguir viviendo cristianamente y hacernos cada vez más santos.

El sacramento de la Unción que nos da energía y vitalidad para pelear contra nuestra enfermedad, Dios lo ha dejado a la Iglesia para que lo administren sus obispos y sacerdotes. Como signo de este sacramento se usa el aceite o el óleo.



UNCIÓN

El termino unción viene del verbo unguir o untar, que significa ‘cubrir con unguento’, con ‘untura’, que, a su vez, quiere decir sustancia grasosa, aceitosa, cremosa. ‘Untar’ es casi sinónimo de ‘engrasar’ o ‘aceitar’.

Para el hombre primitivo era importante comer **grasa**. No sabía, como nosotros, que la mucha grasa no solo engorda sino que produce colesterol y hace mal al hígado. La grasa, en los tiempos antiguos, era buena para soportar el frío y era energía que se acumulaba, en los tejidos del cuerpo, para épocas de hambre. Con más razón el **aceite**. Nosotros lo usamos para la ensalada, para hacer huevos, papas fritas, milanesas, para la mayonesa, las conservas... pero el hombre antiguo lo consideraba un alimento fundamental.



Sobre todo en Europa y Palestina, el aceite de oliva o del olivo, constituía parte importantísima de la dieta de la gente. Todo se comía con aceite. Y una de las comidas favoritas y más comunes, así como nosotros comemos tostadas con manteca, era comer pan embebido en aceite.

Tanto más pensaban que el aceite era un alimento formidable por cuanto el olivo es un árbol que vive centenares de años. La gente suponía, por ello, que el aceite era un poco como la sangre, la vida del olivo. Comiendo aceite de oliva

imaginaban que podían alcanzar la edad de los olivos. Era casi un remedio de inmortalidad.

También sabemos que el aceite -o la grasa, o la crema- se usa todavía hoy en cosmética y medicina. ¿Acaso mamá no usa a veces crema para untarse las manos o la cara? ¿No se usan diversas cremas para las paspaduras, para las lastimaduras y quemaduras? ¿para tomar sol? Untando esas cremas los remedios entran en la piel y pueden curarnos.



Luchadores romanos

UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

El hombre primitivo creía que untarse –o ungrirse- le daba vigor no sólo a la piel sino a los músculos. Hay que pensar que en esa época el aceite se utilizaba incluso para quemarlo en lámparas de aceite para que dieran lumbre y calor (Lee la parábola de Mt 25, 1-12). Los luchadores (los ‘agonizantes’, en griego) se fregaban y untaban o unguían con aceite, con óleo (¿conocés la palabra ‘óleo-ducto’?) porque imaginaban que eso les daba fuerza en la pelea y, además, hacía que al adversario le fuera difícil agarrarlo porque se resbalaban las manos en la piel. También usaban el aceite para perfumarse. Hoy los perfumes se hacen con alcohol, pero en aquellos tiempos se hacían con aceite. Era aceite perfumado o unguento el que se utilizaba para tener buen olor.



Así el aceite perfumado se usaba tanto, que también sirvió para simbolizar realidades de otra índole. Por ejemplo, entre los fenicios y los hebreos, cuando se coronaba a un rey o a un sacerdote, se le derramaba aceite sobre la cabeza como para darle fuerzas para que pudiera desempeñar su misión. Entre los judíos se pensaba que mediante el aceite se le daba la fuerza del espíritu de Dios que le penetraba a través de su piel.

Todavía la Iglesia usa ese simbolismo para varios sacramentos y sacramentales –el bautismo, la confirmación, el orden sagrado, y, cuando había reyes y emperadores, la coronación-. Pero muy especialmente se usa el signo o símbolo del aceite en el sacramento de la Unción de los enfermos.

Lee, en el Antiguo Testamento, en el segundo libro de los Reyes, como el profeta Eliseo nombra rey a Jehú: 2 Reyes 9, 1-6.

OLEO

En griego ‘elaion’, que proviene de un viejo vocablo para designar a la oliva: elawa. De allí, ‘oleum’, óleo.

¿Conoces las palabras óleo-ducto, olea-ginoso, lin-óleo, petr-óleo, gas-oil...?

SALUD

Nuestro término salud, lo contrario de enfermedad, proviene del término ¡sal!. ¿Qué tendrá que ver? Es que ya desde antiguo el hombre conocía las virtudes medicinales de las aguas termales. ¿Oíste hablar de las termas de Villavicencio o de Río Hondo? Allí hay fuentes de aguas calientes –por eso ‘termales’- que salen de la tierra arrastrando muchos minerales en forma de sales. (Fijate en una etiqueta de agua mineral todas las sales que contiene)- . La gente enferma iba a ‘tomar baños termales’ para curarse diversas enfermedades o dolencias. Y eran las sales de esas aguas las que, supuestamente, daban la ‘salud’. De allí que la palabra sal se transformó, poco a poco, en sinónimo de vida, de cosa sabrosa y, también, de cosa permanente. Los egipcios embalsamaban a sus muertos transformándolos en ‘momias’, que creían que conservaban algo de vida, por medio de largos baños de sales. También se salaba el pescado y la carne, para que no se pudrieran; se ponía sal en las heridas para curarlas...

Así, poco a poco, de la palabra sal se fue formando ‘salud’, ‘salubre’, ‘salobre’, ‘saludar’, ‘salario’...

Como ya hemos visto el peor mal, la peor enfermedad es el ‘pecado’, el perder la vida de la Gracia o, en el pecado venial, enfermarla, hacerla menos firme... Por eso buscamos otra vez la salud mediante la ‘sal’ del sacramento de la Penitencia. De allí también que como los cristianos hemos de ofrecer la verdadera

vida a los demás, la verdadera salud, Jesús nos dice “Ustedes son la sal de la tierra” ¡Los que tendríamos que darle Vida y sabor! (Mt 5, 13; Mc 9, 50; Lc 14, 34).



Termas de Villavicencio



SAGRADA ESCRITURA

Ya en el Antiguo Testamento se usaba el ungüento para curar. Fíjate lo que dice el libro llamado del Eclesiástico, escrito por BEN SIRÁ en el siglo II AC, en el capítulo 38:

“Honra al médico por sus servicios, como corresponde, porque también a él lo ha creado el Señor. La curación procede del Altísimo [...] La ciencia del médico afianza su prestigio y se gana la admiración de los grandes. El Señor hizo brotar las plantas medicinales, y el hombre prudente no las desprecia. [...] El Señor dio a los hombres la ciencia, para ser glorificado por sus maravillas. Con esos remedios el médico cura y quita el dolor, y el farmacéutico prepara sus ungüentos. Así, las obras del Señor no tienen fin, y de él viene la salud a la superficie de la tierra. Si estás enfermo, hijo mío, no seas negligente, ruega al Señor, y él te sanará. No incurras en falta, enmienda tu conducta y purifica tu corazón de todo pecado. [...] Después, deja actuar al médico, porque el Señor lo creó; que no se aparte de ti, porque lo necesitas. En algunos casos, tu mejoría está en sus manos, y ellos mismos rogarán al Señor que les permita dar un alivio y curar al enfermo, para que se restablezca” (Eclo 38,1-14).

Cuando el buen samaritano encuentra al pobre hombre herido por los ladrones, lo cura con aceite y lo desinfecta con vino:

“Un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto al herido, lo vio y se conmovió. Entonces se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino” (Lc 10, 34).

Jesús compara la curación de la enfermedad corporal con la verdadera enfermedad del pecado. Abramos nuestro Nuevo Testamento y leamos Marcos 2, 1-12.



UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Jesús da poder a sus apóstoles para que, sanen antes que nada, el corazón inclinado al mal y la ignorancia de la gente. Ellos lo hacen predicando y alentando a la gente para que vuelvan a Dios y a las costumbres buenas. Como signo de esa salud, antes que nada interior, también curaban a sus enfermos.

Lee Marcos 5, 21-43.

“Jesús recorría las poblaciones de los alrededores, enseñando a la gente. Entonces llamó a los Doce y los envió de dos en dos, dándoles poder. [...] Entonces ellos fueron a predicar, exhortando a la conversión. [...] Y curaron a muchos enfermos, ungiéndolos con óleo” (Mc 6, 6-13).



San José, patrono de la buena muerte. Bajorelieve de la Parroquia Santa Clara de Asís, Bs. As.

que nace de la fe salvará al enfermo, el Señor lo aliviará, y si tuviera pecados, le serán perdonados. Confiesen sus pecados y oren los unos por los otros, para ser curados. La oración perseverante del justo es poderosa” (Sant 5, 13-16).

En esas épocas ¡hace dos mil años! No había microscopios y la ciencia no había descubierto aún que muchas enfermedades tanto físicas como mentales eran causadas por microbios, bacterias, virus y otras disfunciones cerebrales. Como tantos otros pueblos primitivos -¡todavía hay gente que acepta estas teorías precientíficas!- los judíos pensaban que esas enfermedades eran causadas por lo que llamaban ‘espíritus impuros’, u otras veces, por seres malignos que llamaban ‘demonios’. Jesús se adaptaba a la ciencia de su época y hubiera sido anacrónico que ordenara a los microbios y las bacterias que abandonaran al enfermo. Por eso, para demostrar su poder creador y capaz de devolver firmeza a los debilitados por diversas dolencias, lo hacía ‘expulsando’ con su palabra poderosa a los ‘espíritus impuros’ o los ‘demonios’. Era en eso más eficaz que los médicos expulsando a los microbios con antibióticos.

(Busca las citas paralelas en donde Lucas habla de epiléptico y Marcos de demonio)

A Jesús fueron con aceite y perfume a su tumba:

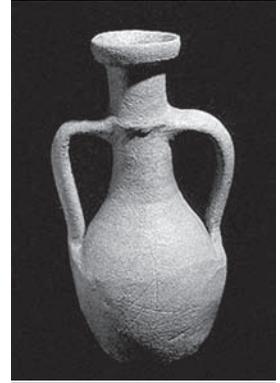
“Pasado el sábado, María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé compraron aceite perfumado para ungir el cuerpo de Jesús” (Mc 16, 1).

No pudieron hacerlo, porque Jesús estaba ya de tal manera ungido por el Espíritu Santo que ya vivía plenamente, resucitado. Pero, en realidad esa unción la había anticipado una mujer que no sabemos quién fue, días antes cuando estaba comiendo en Betania:

Santiago, primo de Jesús, que se había convertido en su admirador y su discípulo y a quien el Señor había nombrado uno de los doce apóstoles, primer Obispo de Jerusalén, escribe en esta carta pastoral, entre otras cosas, que es necesario cuidar a los enfermos no solamente con médicos, sino también con la ayuda espiritual del sacramento de la unción. Así escribe años después de la Resurrección de Jesús:

“Si alguien está afligido, que ore. Si está alegre, que cante salmos. Si está enfermo, que llame a los presbíteros de la Iglesia, para que oren por él y lo unjan con óleo en el nombre del Señor: la oración

“Mientras Jesús estaba en Betania, comiendo en casa de Simón el leproso, llegó una mujer con un frasco lleno de un valioso aceite perfumado de nardo puro, y rompiendo el frasco, derramó el aceite perfumado sobre la cabeza de Jesús. Entonces algunos de los que estaban allí se indignaron y comentaban entre sí: «¿Para qué este derroche de aceite? Se hubiera podido vender por más de trescientos denarios para repartir el dinero entre los pobres?» Y le criticaban. Pero Jesús dijo: «Déjenla, ¿por qué la molestan? Ha hecho una buena obra conmigo. [...] Ella hizo lo que podía; ungió mi cuerpo anticipadamente para la sepultura»” (Mc 14, 3-9).



Anfura de aceite



MAGISTERIO DE LA IGLESIA

En el año 1439, el CONCILIO ECUMÉNICO DE FLORENCIA define:

“El quinto sacramento es la extremaunción, cuya materia es el aceite de oliva bendecido por el obispo” (D[H] 1324).

Y el CONCILIO DE TRENTO explica, en 1551, para qué sirve:

“Nuestro clementísimo Redentor, quiso que sus amigos estuvieran en todo tiempo provistos de remedios saludables contra todos los dardos de todos los enemigos, al modo como en los otros sacramentos preparó los máximos auxilios con los cuales pudieran los cristianos conservarse durante su vida invulnerables contra todo grave mal; así ha protegido el final de la vida con el sacramento de la extremaunción, como con un baluarte firmísimo (D[H] 1694).

“Esta santa unción de los enfermos fue constituida como verdadero y propio sacramento del Nuevo Testamento por Cristo nuestro Señor, insinuado en Marcos (Mc 6, 13), pero recomendado a los fieles y promulgado por el apóstol Santiago y hermano del Señor (Sant 5, 14-15)” (D[H] 1695).

También nos explica Trento los efectos de este sacramento: (D [H] 1696) nos transmite:

“La gracia del Espíritu Santo, cuya unción limpia las culpas (si queda aún alguna que no nos haya sido perdonada) y las huellas o residuos (‘peccati reliquias’) de los pecados. Alivia y fortalece al enfermo, excitando en él una confianza grande en la divina misericordia. Ayudado el enfermo con ella, soporta con más facilidad las incomodidades y trabajos de la enfermedad, resiste mejor las tentaciones y, a veces, recobra la salud si es que conviene para su salvación”

El VATICANO II, en 1964, en la *Lumen Gentium*, n. 11, nos enseña como este sacramento, nos ayuda a encontrar sentido a la enfermedad en la unión al amor de Jesús sufriente en la Cruz:

“Con la unción de los enfermos y la oración de los presbíteros, toda la Iglesia encomienda los enfermos al Señor paciente y glorificado, para que los alivie y los salve (cf. Sant 5, 14-14), e incluso los exhorta a que, asociándose voluntariamente a la pasión y muerte de Cristo (cf. Rm 8, 17, Col 1, 24; 2 Tim 2, 11.12; 1 Pe 4, 13), contribuyan así al bien del Pueblo de Dios” (D [H] 4128).

También nos dice, el VATICANO II, en 1963, en la Constitución *Sacrosantum Concilium*, n 73, que no sólo sirve la unción para los moribundos. Por eso prefiere no llamarla ‘extrema-unción’:



La dormición de la Virgen (1520) Joos VAN CLEVE (activo 1511-1540) Munich.

“La «extremaunción», que también, y mejor, puede llamarse «unción de enfermos», no es sólo el sacramento de quienes se encuentran en los últimos momentos de su vida. Por tanto, el tiempo oportuno para recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez”.

El CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO dice, en su canon 998:

“La unción de los enfermos, con la que la Iglesia encomienda los fieles gravemente enfermos al Señor doliente y glorificado, para que los alivie y salve, se administra ungiéndolos con óleo y diciendo las palabras prescritas en los libros litúrgicos”.

Esas palabras prescritas son, principalmente:

“Per istam sanctam Unctionem et suam piíssimam misericórdiam ádiuvet te Dóminus gratia Spíritus Sancti, ut a peccatis liberátum te salvet atque propitius állevet”.

Que se pronuncian al mismo tiempo que el sacerdote unge al enfermo en la frente y en las manos. Su traducción es:

“Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Amén.

Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén”.

En su canon 1004 el mismo Código dice:

§1: “Se puede administrar la unción de los enfermos al fiel que, habiendo llegado al uso de la razón, comienza a estar en peligro por enfermedad o vejez”.

Y ésta es la oración mediante la cual el Obispo, la mañana del Jueves Santo en la Misa crismal bendice el óleo de los enfermos:

“Dios y Padre de todo consuelo, que por medio de tu Hijo quisiste remediar los males de quienes estaban enfermos; escucha con bondad la oración que brota de la fe: Envía desde el Cielo tu Espíritu Santo Paráclito sobre este óleo.

Tú que has hecho que fuera producido por los vegetales para que restaurara los cuerpos, enriquece con tu bendición este óleo, para que cuantos sean ungidos con él sientan en su cuerpo y alma tu divina protección, y así se vean liberados de la aflicción y de todas las enfermedades y sufrimientos. Señor, que este óleo sea santificado en beneficio nuestro por medio de tu bendición en nombre de tu Hijo Jesucristo. Amén”.



REZAMOS

Oraciones por los enfermos del MISAL ROMANO

“Dios todopoderoso y eterno, salud de los que creen en Ti, escucha la súplica que te dirigimos a favor de tus hijos enfermos, por quienes imploramos la ayuda de tu misericordia, y devuélveles la salud, para que puedan darte gracias en tu Iglesia. Por Jesucristo nuestro Señor”.

“Dios, que quisiste que tu Hijo llevara sobre sí nuestras debilidades para manifestar el valor de la enfermedad soportada pacientemente; escucha con bondad nuestros ruegos a favor de nuestros hermanos enfermos, para que en medio de su dolor experimenten la alegría de saber que han sido proclamados felices y que están asociados a la Pasión redentora de Cristo. Que es Dios y vive y reina contigo por los siglos de los siglos.”

Por un enfermo muy grave que está ya a punto de dejar esta vida:

“Dios todopoderoso y lleno de misericordia, que a través de la muerte abriste al género humano la puerta de la Vida eterna; mira con bondad a tu servidor que sufre los dolores de la agonía, para que asociado a la Pasión de tu hijo y sellado con su sangre pueda presentarse ante ti libre de pecado. Por Cristo nuestro Señor”.

*María, salud de los enfermos,
Ruega por nosotros*

*San José, patrono de la buena muerte,
Ruega por nosotros*



APRENDEMOS

1. ¿Cuál es el fin de la Unción de los enfermos?

El sacramento de la Unción de los enfermos tiene por fin conferir una gracia especial al cristiano que experimenta las dificultades inherentes al estado de enfermedad grave o de vejez (Cf. CCE 1527).

2. ¿Cuál es el tiempo oportuno para recibirlo?

El tiempo oportuno para recibir la Santa Unción llega ciertamente cuando el fiel comienza a encontrarse en peligro de muerte por causa de enfermedad o de vejez (Cf. CCE 1528// Com 316).

3. ¿Cuántas veces se puede recibir la santa Unción?

Cada vez que un cristiano cae gravemente enfermo puede recibir la Santa Unción, y también cuando, después de haberla recibido, la enfermedad se agrava (CCE 1529).

4. ¿Quién es el ministro de la Unción?

Sólo los sacerdotes (presbíteros y obispos) pueden administrar el sacramento de la Unción de los enfermos; para conferirlo emplean óleo bendecido por el Obispo, o, en caso necesario, por el mismo presbítero que celebra (Cf. CCE 1530// Com 317).

5. ¿En qué consiste la celebración del sacramento?

Lo esencial de la celebración de este sacramento consiste en la unción en la frente y las manos del enfermo, acompañada de la oración litúrgica del sacerdote celebrante que pide la gracia especial de este sacramento (Cf. CCE 1531// Com 318).

6. ¿Qué efectos produce la Unción de los Enfermos?

- a) Aumenta la Gracia;
- b) da fortaleza, paz y ánimo para soportar cristianamente los sufrimientos de la enfermedad o de la vejez;
- c) el perdón de los pecados si el enfermo no ha podido obtenerlo por el sacramento de la penitencia y permanece inconsciente;
- d) el restablecimiento de la salud corporal, si conviene a la salud espiritual;
- e) la preparación para el paso a la vida eterna (Cf. CCE 1532// Com 319).



HACIENDO SE APRENDE

1. A partir de lo aprendido en la lección PIENSA Y ESCRIBE como le explicarías a las personas enfermas o mayores la importancia de recibir la Unción.
2. SOPA DE LETRAS. Encuentra y anota las once palabras relacionadas con la lección.

U	E	X	D	M	D	A	E	N	Q	W	S	D	M	O	J	D	W	O	W
F	D	J	Y	Y	H	E	U	P	A	J	S	O	N	U	P	G	P	O	Q
R	E	N	F	E	R	M	O	S	B	C	A	C	X	N	J	T	X	C	J
U	C	C	U	K	S	T	Q	Z	A	B	C	F	W	V	J	H	A	M	O
Q	M	T	A	R	K	H	Q	I	D	F	E	Z	L	O	T	W	B	V	R
F	G	F	F	V	W	E	Z	S	A	C	R	A	M	E	N	T	O	W	A
O	M	S	I	T	U	A	B	X	N	J	D	I	U	Q	W	R	N	N	N
F	Y	L	A	H	L	T	V	I	D	A	O	O	O	X	X	Z	W	N	Q
C	V	Y	C	O	C	P	L	B	Z	D	T	N	X	K	E	P	F	E	E
Y	L	U	E	N	V	B	D	E	E	W	E	V	G	R	A	C	I	A	F
X	A	G	I	E	H	H	L	A	X	G	O	W	C	B	H	M	U	G	A
S	K	Z	T	J	H	Z	I	D	S	U	A	H	V	U	F	K	W	W	R
C	T	V	E	H	X	O	Z	O	L	I	R	M	Q	C	N	U	J	B	I
D	A	D	E	M	R	E	F	N	E	O	I	F	H	Q	R	P	G	O	X
E	Y	N	Z	F	G	Q	Y	Q	G	L	B	Q	Z	E	S	P	S	J	F
D	X	K	G	V	A	X	R	B	X	E	Y	Q	Y	F	L	F	M	Z	B
T	Z	L	Z	H	Q	B	Q	F	M	O	X	O	K	J	F	V	D	Q	G
N	Ó	I	C	N	U	O	U	M	I	N	S	A	L	U	D	L	B	F	J
V	M	O	S	O	F	Z	V	N	V	W	E	R	V	V	S	Y	S	J	W
L	M	N	H	W	G	B	L	J	B	U	T	H	F	C	U	L	J	X	T

- | | |
|--------------------|--------------------|
| 1. A _ _ _ _ _ | 7. S _ _ _ _ _ _ |
| 2. B _ _ _ _ _ _ | 8. S _ _ _ _ _ _ _ |
| 3. E _ _ _ _ _ _ _ | 9. S _ _ _ _ |
| 4. E _ _ _ _ _ _ | 10. U _ _ _ _ _ |
| 5. G _ _ _ _ _ | 11. V _ _ _ _ |
| 6. O _ _ _ _ | |

3. RESPONDE:

¿Por qué se llamaba a este sacramento 'extrema-unción' y por qué hoy la Iglesia prefiere que se lo denomine 'unción de los enfermos'?

¿Por qué se usa aceite de oliva?

4. COMPLETA la siguiente frase de la Constitución *Sacrosantum Concilium*

La «.....», que también, y mejor, puede llamarse «unción de, no es sólo el de quienes se encuentran en los últimos momentos de su Por tanto, el oportuno para recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de por enfermedad o

5. ANOTA el origen y significado de las siguientes palabras:

Enfermedad

Unción

Oleo

Salud

6. COLOREA las siguientes palabras que pronuncian el sacerdote cuando unge al enfermo:

POR ESTA SANTA UNCIÓN
Y POR SU BONDADOSA
MISERICORDIA TE AYUDE EL
SEÑOR CON LA GRACIA DEL
ESPÍRITU SANTO. AMÉN. PARA
QUE, LIBRE DE TUS PECADOS,
TE CONCEDA LA SALVACIÓN
Y TE CONFORTE EN TU
ENFERMEDAD. AMÉN

7. BUSCA la palabra anfitrión en el diccionario y, si tenés ganas, averiguá quién fue Anfitrión en la mitología griega.

8. ¿Sabes lo que es el charqui o cómo se hace el jamón o se trae el bacalao? ¿Puedes explicarlo?

De todo un poco...

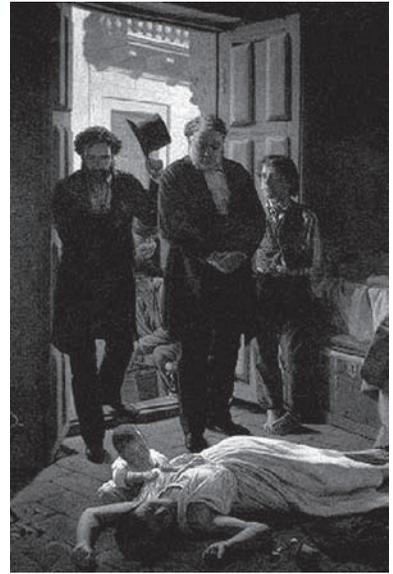
FIEBRE AMARILLA EN BUENOS AIRES, EN 1871

Al comenzar 1871, Buenos Aires vivirá la peor catástrofe de su historia: la epidemia de fiebre amarilla. Comenzó en febrero, entre el poverro del barrio Sur, mientras se festejaba carnaval. Sin darle importancia, el 23 de ese mes el número de muertos llegó a veinte, y al comenzar marzo, cuarenta diarios; fue el pánico. Las autoridades desconcertadas atinaron a tomar algunas medidas anodinas, se formó una comisión de vecinos presidida por el doctor Roque Pérez para luchar contra el mal. Los muertos de marzo llegan a siete mil. Ni los médicos ni los voluntarios daban abasto; no había lugar en los cementerios. Junto al heroísmo de unos, afloraban la miseria y la pequeñez humana en otros, se denuncia la huida de médicos, jueces y políticos hacia la campaña. Es en esos años que las familias pudientes se trasladan del Sur de Buenos Aires, al barrio Norte, en aquella época poco poblado y menos expuesto a las infecciones. En abril aumentaron los decesos, ocho mil. Cede en mayo y desaparece lentamente en junio. Se calculan en más de veinte mil los muertos. Mientras tanto todos los sacerdotes de Buenos Aires habían permanecido firmes en sus parroquias atendiendo incansablemente a los enfermos, moribundos y sus familiares. Más aún, el gobierno de Buenos Aires había decidido que los médicos atendieran en las parroquias -lugares que todo el mundo conocía y a donde acudían espontáneamente- y el despacho parroquial se convirtiera en los lugares de atención en donde se recibieran todos los llamados de ayuda médica y espiritual. Más aún como una de las medidas de gobierno fue vaciar e incendiar los llamados 'conventillos' centros de contagio, muchos pobladores quedaban sin vivienda y fueron alojados en los templos y casas parroquiales. Como consecuencia de la fiebre amarilla y del estar en contacto constante con los enfermos, fallecieron 77 sacerdotes. Sobre doscientos noventa y dos sacerdotes aproximadamente, que actuaban entonces en Buenos Aires, habría fallecido pues el veintidós por ciento. (Podés ver una lista incompleta en el monumento a los caídos por la fiebre amarilla realizado por el escultor Juan Ferrari en 1889). También murieron ayudando a los enfermos doce médicos y dos practicantes. La mayoría de ellos católicos cabales.

Nombremos algunos de esos santos sacerdotes: Juan Rossi, vicario de la parroquia de San Telmo; Francisco Romero, de Nuestra Señora de Montserrat; Pedro Fernández y Julián Benito, vicarios de Nuestra Señora del Pilar; Francisco Treza y Mosé Melle, vicarios de la parroquia de la Mercedes; Pedro Benigno Macado y Tomás Delfino, de la parroquia de San Nicolás de Bari; Vicente Marquez, de San Telmo; Felipe Giacconangelo y Juan Paula, vicario de la Inmaculada Concepción... ¿conocés alguna de esas parroquias?

También ayudaron –y murieron ayudando a sus hermanos en dicha peste- multitud de religiosas y religiosos: las Hermanas o Hijas de la Caridad (siete de ellas murieron); los Padres Lazaristas; los Bayonenses; los Franciscanos; los Jesuitas... Lo mismo que miembros de las asociaciones laicales católica: Conferencias Vicentinas, Terciarios franciscanos y dominicos, entre ellos médicos eminentes como Pedro Rojas y Teodoro Álvarez.

Aún las religiosas de clausura –pregunta a tu catequista que significa monja de clausura- registran episodios heroicos. La superiora del Monasterio de Santa Catalina (¿sabes dónde se encuentra, en Buenos



El cuadro de BLANES de la fiebre amarilla

UNCIÓN DE LOS ENFERMOS



Parroquia Nuestra Señora del Pilar en Buenos Aires

Aires? ¿lo visitaste?), Madre Celestina de las Mercedes Cevallos y Castrelo, fue atacada por la peste en marzo de ese año. Ante ese peligro, una de las torneras, Sor Mercedes del Corazón Salas, pidió a Dios aceptara su vida en lugar de la de la prelada (busca ese palabra en el diccionario) que era más necesaria que la suya. Así fue como esta hermana enfermó de fiebre amarilla y falleció el 19 de abril de 1871, mientras la superiora recuperó la salud. Una pequeña lápida colocada el 7 de junio de 1944 en la celda en que falleció Sor Mercedes, recuerda este acto heroico. Puedes visitarla.

SERVICIO SACERDOTAL DE URGENCIA

Atención a los Enfermos

4801-2000 de 21.30 a 6.00

Es una institución laica de la Iglesia, que se ocupa de llevar auxilio espiritual a los enfermos que lo soliciten, durante la noche, y en forma totalmente gratuita.

El Servicio Sacerdotal de Urgencia es una Institución de la Iglesia, de orden Diocesano, que se dedica a trasladar y acompañar al Sacerdote cuando lleva auxilio espiritual a los enfermos, en horarios nocturnos.

Es Servicio, puesto que efectúa una acción de Caridad, en forma totalmente gratuita.

Es Sacerdotal, puesto que su acción es acompañar y asistir al Sacerdote. O sea, realiza una actividad ministerial, sin la cual no tiene razón de ser. Y por lo tanto, es claramente Sacramental.

Y es de Urgencia, puesto que su ámbito de acción es la noche, para permitir el justo descanso a los demás Sacerdotes, y asegurar la atención del enfermo en forma continua.

Funciona en Buenos Aires desde hace 50 años. (Averigua el teléfono del Servicio Sacerdotal de tu ciudad).

Un gran teólogo alemán, MATÍAS SCHEEBEN, escribía en 1865:

“El sacramento de la extremaunción es complemento o suplemento a la vez del sacramento de la penitencia –por cuanto ha de suprimir los residuos del pecado y sus consecuencias, y eventualmente también el pecado grave- y, al mismo tiempo, lo es de la confirmación –por cuanto ha de armar al que lo recibe para el combate último y más duro, a fin de que consiga la victoria más importante y decisiva-. Si se considera predominante este último aspecto y se incluye la cancelación de los residuos del pecado en el aprestarse para conseguir la victoria postrera sobre el pecado y la muerte, la unción de los enfermos será antes que nada la ‘Consagración para la victoria’”

¿Te acordás que la Confirmación nos da, mediante el crisma, la fuerza para el combate cristiano de toda la vida? ¿Te acordás qué quiere decir ‘agonía’ en griego?

¿Sabés que los soldados de hoy en día, antes de entrar en batalla se bañan cuidadosamente para que las heridas no se les infecten y si reciben un balazo los proyectiles no entren dentro de su cuerpo arrastrando gérmenes? Por eso la unción primero te limpia de todo resto de pecado y, luego, te da fuerzas de guerrero para enfrentarte contra la enfermedad. ‘Consagración para la victoria’ como vimos arriba que le llama Scheeben.

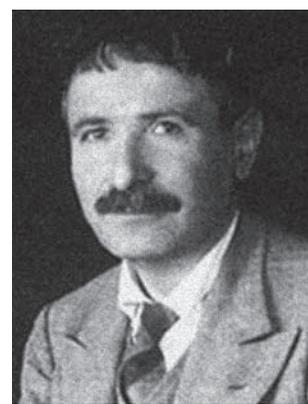
De CARTA APOSTÓLICA SALVIFICI DOLORIS DEL SUMO PONTÍFICE JUAN PABLO II

Quienes participan en los sufrimientos de Cristo tienen ante los ojos el misterio pascual de la cruz y de la resurrección, en la que Cristo desciende, en una primera fase, hasta el extremo de la debilidad y de la

impotencia humana; en efecto, Él muere clavado en la cruz. Pero si al mismo tiempo en esta debilidad se cumple su elevación, confirmada con la fuerza de la resurrección, esto significa que las debilidades de todos los sufrimientos humanos pueden ser penetrados por la misma fuerza de Dios, que se ha manifestado en la cruz de Cristo. En esta concepción sufrir significa hacerse particularmente receptivos, particularmente abiertos a la acción de las fuerzas salvíficas de Dios, ofrecidas a la humanidad en Cristo. En Él, Dios ha demostrado querer actuar especialmente por medio del sufrimiento, que es la debilidad y la expoliación del hombre, y querer precisamente manifestar su fuerza en esta debilidad y en esta expoliación. Con esto se puede explicar también la recomendación de la primera carta de Pedro: « Mas si por cristiano padece, no se avergüence, antes glorifique a Dios en este nombre »(75).

“HERMANA, ¿TIENE ROPA PARA UN JESÚS DE 12 AÑOS?”

Artémides Zatti nació en Boretto (Reggio Emilia) el 12 de octubre de 1880. No tardó en experimentar la dureza del sacrificio, tanto que a los nueve años ya se ganaba el jornal como peón. Obligada por la pobreza, la familia Zatti, a principios del 1897, emigró a Argentina y se estableció en Bahía Blanca. El joven Artémides comenzó enseguida a frecuentar la parroquia dirigida por los Salesianos, encontrando en el párroco don Carlos Cavalli, hombre piadoso y de extraordinaria bondad, su director espiritual. Fue éste quien lo orientó hacia la vida salesiana. Tenía 20 años cuando entró en el aspirantado de Bernal.



Beato Artémides Zatti. (1880-1951)

Asistiendo a un joven sacerdote enfermo de tuberculosis, contrajo esta enfermedad. La paternal solicitud del P. Cavalli – que lo seguía de lejos – hizo que le buscaran la Casa salesiana de Viedma, de clima más propicio, y donde, sobre todo, había un hospital misionero con un estupendo enfermero salesiano que hacía prácticamente de «médico»:

P. Evasio Garrone. Este invitó a Artémides a rezar a María Auxiliadora para obtener la curación, sugiriéndole hiciera esta promesa: «Si Ella te cura, tú te dedicarás toda la vida a estos enfermos». Artémides hizo de buen gusto tal promesa; y se curó misteriosamente. Más tarde dirá «Creí, prometí, curé». Estaba ya trazado su camino con claridad y él lo comenzó con entusiasmo. Aceptó con humildad y docilidad el no pequeño sufrimiento de renunciar al sacerdocio. Emitió como hermano coadjutor su primera Profesión el 11 de enero de 1908 y la Perpetua el 8 de febrero de 1911. Coherente con la promesa hecha a la Virgen, se consagró inmediata y totalmente al Hospital, ocupándose en un primer momento de la farmacia anexa, pero después, cuando en 1913 murió el P. Garrone, toda la responsabilidad del hospital cayó sobre sus espaldas. Fue en efecto vicedirector, administrador, diestro enfermero apreciado por todos los enfermos y por todo el personal sanitario, que poco a poco le fue dando mayor libertad de acción.

Su servicio no se limitaba al hospital sino que se extendía a toda la ciudad, y hasta a las dos localidades situadas en las orillas del río Negro: Viedma y Patagones. En caso de necesidad se movía a cualquier hora del día y de la noche, sin preocuparse del tiempo, llegando a los tugurios de la periferia y haciéndolo todo gratuitamente. Su fama de enfermero santo se propagó por todo el Sur y de toda la Patagonia le llegaban enfermos. No era raro el caso de enfermos que preferían la visita del enfermero santo a la de los médicos.

Artémides Zatti amó a sus enfermos de manera verdaderamente conmovedora. Veía en ellos a Jesús mismo, hasta tal punto que cuando pedía a las hermanas ropa para otro muchacho recién llegado, decía: «Hermana, ¿tiene ropa para un Jesús de 12 años?». La atención hacia sus enfermos alcanzaba rasgos muy delicados. Hay quien recuerda haberlo visto llevarse a la espalda hacia la cámara mortuoria el cuerpo de algún acogido muerto durante la noche, para sustraerlo a la vista de los otros enfermos: y lo hacía recitando el *De Profundis*. Fiel al espíritu salesiano y al lema dejado como herencia por D. Bosco a sus hijos – «trabajo y templanza» – desarrolló una actividad

UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

prodigiosa con habitual prontitud de ánimo, con heroico espíritu de sacrificio, con despego absoluto de toda satisfacción personal, sin tomarse nunca vacaciones ni reposo. Hay quien ha dicho que sus únicos cinco días de descanso fueron los que transcurrió...¡en la cárcel! Sí, conoció también la prisión por la fuga de un preso recogido en el Hospital, fuga que se la quisieron atribuir a él. Salió absuelto y su vuelta a casa fue un triunfo.

Fue hombre de fácil relación humana, con una visible carga de simpatía, alegre cuando podía entretenerse con la gente humilde. Pero sobre todo, fue un hombre de Dios. Artémides Lo irradiaba. Un médico más bien incrédulo del Hospital, decía: «Cuando veía al señor Zatti, vacilaba mi incredulidad». Y otro: «Creo en Dios desde que conozco al señor Zatti».

En 1950 el infatigable enfermero cayó de una escalera y fue en esa ocasión cuando se manifestaron los síntomas de un cáncer que él mismo lúcidamente diagnosticó. Continuó sin embargo cuidando de su misión todavía un año más, hasta que tras sufrimientos heroicamente aceptados, se apagó el 15 de marzo de 1951 con total conocimiento, rodeado del afecto y del agradecimiento de toda la población. Fue beatificado por el Papa Juan Pablo II, el 14 de abril de 2002.

ORACIÓN A MARÍA SANTÍSIMA POR LA SALUD DE LOS ENFERMOS

Oh Virgen María, Salud de los enfermos,
que has acompañado a Jesús en el camino del Calvario
y has permanecido junto a la cruz en la que moría tu Hijo,
participando íntimamente de sus dolores,
acoge nuestros sufrimientos y únelos a los de Él.
Madre misericordiosa, con fe nos volvemos hacia Ti.
Alcánzanos de tu Hijo el que podamos volver pronto,
plenamente restablecidos, a nuestras ocupaciones,
para hacernos útiles al prójimo con nuestro trabajo y actividad cristiana.
Mientras tanto, quédate junto a nosotros en el momento
de la prueba y ayúdanos a repetir cada día contigo nuestro “sí”,
seguros de que Dios sabe sacar de todo mal un bien
más grande, para que, un día, en la contemplación del Rostro de Cristo
Resucitado encontremos la abundancia de la misericordia de Dios y la
alegría sin fin del Cielo.

Amén!

JUAN PABLO II



Salus infirmorum. Fresco siglo VIII. SASSIA

ORACIÓN

Te pedimos Señor, que nosotros tus servidores, gocemos siempre de salud de alma y de cuerpo, y por la intercesión de santa María, Salud de los enfermos, líbranos de las tristezas de este mundo y concédenos las alegrías del cielo. Amén.
(Oración colecta de la Misa de la Virgen ‘Salus infirmorum’)

A MARÍA, SALUD DE LOS ENFERMOS

Oh María, Reina del Cielo, te pedimos que vuelvas hacia nosotros los ojos benignos de tu Misericordia. Líbranos, oh Madre amorosa, del peso de nuestras culpas y, con el favor de tu poderosa intercesión, haz que obtengamos de Dios la salud del alma y la del cuerpo, si ésta no es obstáculo para nuestra eterna salvación.
Oh, salud de los enfermos, escúchanos y atiéndenos, para que, después de haberte servido y alabado en esta vida, lleguemos un día a amarte y agradecerte en el Cielo por toda la feliz eternidad. Amén.

Actividad:

- Busca, lee y resume la vida de San Martín de Porres. (Puedes encontrarlo en www.dominicos.org en la sección página infantil).